



Susana Ojos Negros

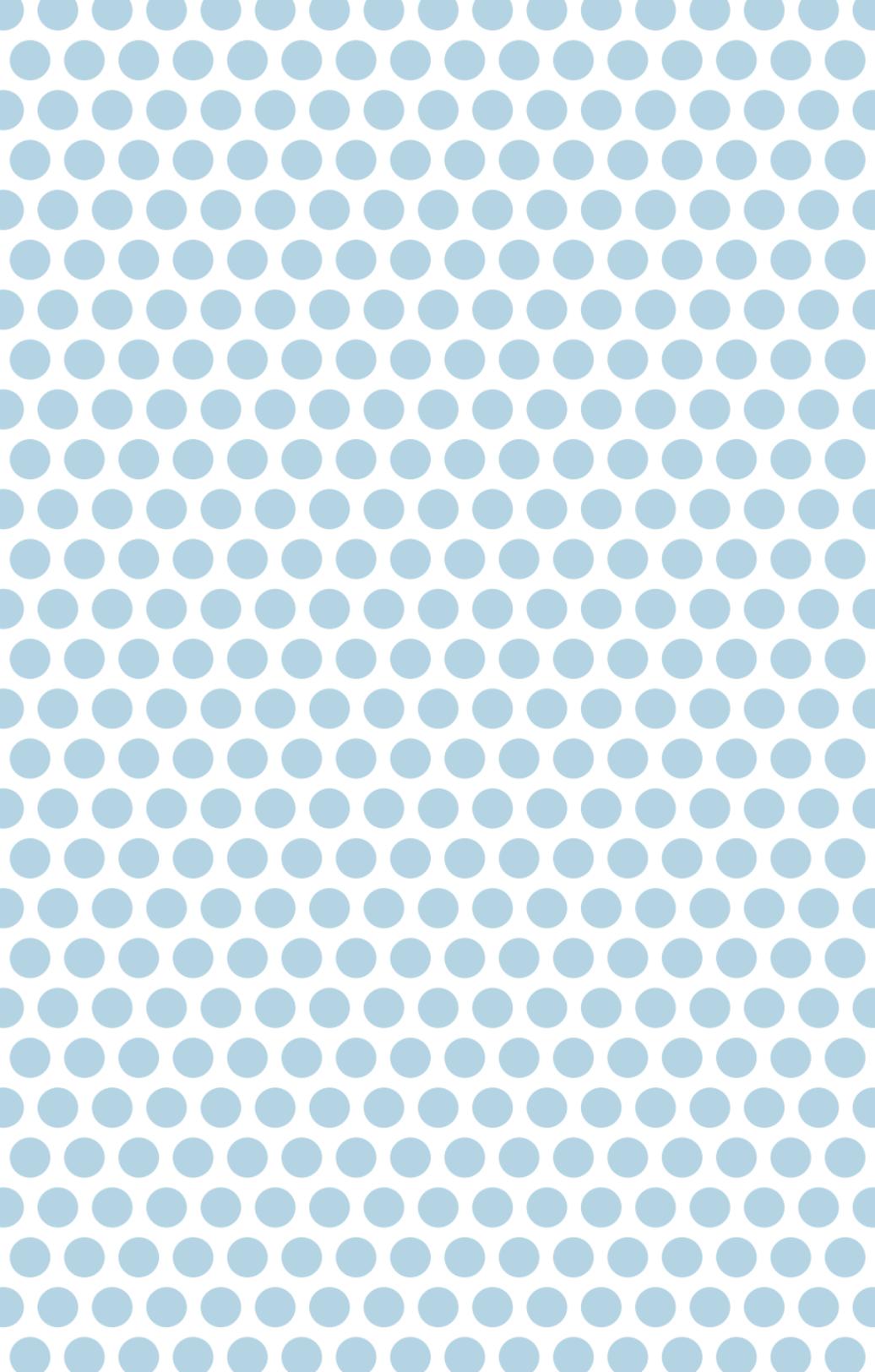
Marjaleena Lembcke

Ilustraciones
de Adolfo Serra



EL BARCO
DE VAPOR

sm





EL BARCO
DE VAPOR

Susana Ojos Negros

Marjaleena Lembcke

Ilustraciones de Adolfo Serra



Primera edición: abril de 2003
Decimoctava edición: junio de 2016

Edición ejecutiva: Paloma Jover
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Die schwarzäugige Susanne*
Traducción del alemán: José Antonio Santiago Tagle

© del texto: Verlag St. Gabriel, Mödling-Wien, 1997
© de las ilustraciones: Adolfo Serra, 2016
© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8918-4
Depósito legal: M-9020-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

● 1

LÁGRIMAS DE COCODRILO

EN LA CASA DE AL LADO vive una niña. No sé cómo se llama. Ni sé cómo se llama su madre, ni tampoco su padre. La niña tiene ojos grandes y oscuros. Yo la llamo Susana Ojos Negros.

–Susana es el nombre de una flor –dice mi madre.

–¿De qué clase? –pregunto.

–Una flor trepadora –responde mamá.

–No es del todo correcto –dice mi padre–. Es una planta trepadora. Lo que es la flor no trepa.

–Lo mejor será que vayas al jardín –me dice mi madre–. En nuestro jardín crece

esa planta. Pero el nombre lo tiene por sus flores.

Me voy al jardín. A lo largo de la valla trepa una planta de hojas tiernas de color verde claro. Tiene flores de color amarillo naranja con un cáliz negro en el medio. Lo negro parece un túnel profundo. Me quedo mirando un rato el túnel de la flor.

–¿Se parece la niña de al lado a la flor?
–pregunta mi madre.

–Mucho –respondo.

Mamá sonrío.



Me voy a mi cuarto y pinto una flor, la flor Susana. Mi Susana tiene pétalos de un color naranja intenso, para que se pueda ver bien el color sobre el papel blanco.

Enseño el dibujo a mamá y papá.

–La flor Susana –digo.

–Pues no se parece a una niña –dice papá.

–Es que es una flor –respondo.

–¿Y no tiene hojas? –pregunta papá.

–Solo flores –digo–. Algunas plantas solo tienen flores.



–Bueno, si es eso... –dice mi padre, y se encoge de hombros.

Sostengo en la mano mi dibujo y lo vuelvo a mirar.

–Sí que parecen bonitas las flores, ¿verdad? –digo.

–Una planta necesita raíces, tallo, hojas y flores –dice mi padre–. Y además de todo eso, tierra donde crecer.

–En el papel, desde luego, no lo necesita –dice ahora mi madre.

–Pero es que en el papel no vive –dice papá cogiendo el periódico–. ¡Y ya está bien de discutir, ahora quiero leer el periódico!

–¡Pues mi flor sí que vive! ¡Y se va a comer tu periódico! ¡Porque puede comer papeles, y padres, y todo! –grito.

–Si quieres que me enfade, solo tienes que decirlo –dice mi padre.

Yo me río y digo:

–Sí, quiero hacerte enfadar.

–¡Pues vas a ver!



Papá se pone en pie de un salto. Yo salgo pitando hacia arriba, a mi habitación. Pero él sube los escalones de dos en dos. Antes de poder esconderme, me agarra.

–¡Ahora te voy a hacer cosquillas hasta que no puedas más de reír! –dice.

Cuando ya no puedo más de reír, le pido que pare. Papá me lleva abajo a cuestras. En la cena puedo volver a reír. Me río porque estoy alegre.



Mis padres sonríen y mi madre dice:

–¡Sí que te dura el contento por unas pocas cosquillas!

–¡Los niños son un poco raros! No hay adulto que comprenda de qué se ríen –dice mi padre mientras me hace un guiño, como si él sí lo supiera.

Y yo sé que a él le gusta que le haga enfadar un poco, solo por divertirme. Entonces también él me puede hacer rabiar a mí.

A mi madre no puedo hacerla enfadar. Además, tampoco sabe hacer cosquillas. Cuando me las hace, noto como si solo me acariciara. Y también la voz de mi madre suena a veces no como si hablara, sino como si me acariciara.

Por la noche, siempre me pregunta si quiero leer yo sola o si prefiero que me cuente un cuento. Casi siempre le digo que me cuente un cuento.

–¿Y cuál quieres escuchar esta noche?
–me pregunta cuando estoy tumbada en la cama.



–Cuéntame uno de cocodrilos –respondo, pues me gustan los cuentos de cocodrilos. Y ella cuenta:

Había una vez un cocodrilo que era desdichado porque no tenía voz. Siempre que abría la boca para decir algo, no le salía ni una palabra.

Además, estaba muy triste. Le habría gustado llorar, pero tampoco podía llorar. De sus ojos no salían lágrimas. Así



que el cocodrilo se retiró a una cueva y decidió pasar la vida solo, pues, de todos modos, no podía decir nada a los demás.

Pero en la cueva ya vivía el viejo Eco. Cuando el cocodrilo suspiró hondo, el viejo Eco respondió con un fuerte suspiro aún más hondo. Tan hondo y triste sonó que al cocodrilo se le escapó una enorme lágrima del ojo. Asustado y sorprendido por eso, se olvidó de que no

sabía hablar y exclamó: «¡Pero si puedo llorar!». Y el Eco replicó: «¡Pero si puedo llorar!». Y el cocodrilo exclamó: «¡Pero si sé hablar!», y también a eso respondió el viejo Eco, pero sin que lo oyera el cocodrilo, pues ya había salido corriendo de la cueva para mostrar el milagro a los demás cocodrilos. Se colocó en la orilla y dejó escapar de sus ojos una lágrima tras otra, y los demás cocodrilos lo consolaron, y después de un rato dejó de derramar lágrimas y dijo: «¡También sé hablar!».

Y entonces, todos los demás cocodrilos quisieron aprender a hablar y a llorar. El pequeño cocodrilo les indicó el camino hacia la cueva del viejo Eco, y así aprendieron también los demás cocodrilos a llorar y a hablar. Bueno, solo los cocodrilos de este cuento que acudieron a la cueva del viejo Eco.



–El eco es un espíritu que siempre te responde lo que tú le gritas, ¿verdad? Y es que no se le ocurre otra cosa que decir –le digo a mi madre.

–Dice una leyenda que el eco es el espíritu de una mujer en la montaña. El de una ninfa que era tan habladora que la castigaron por eso. No le estaba permitido hablar más por su cuenta, pero tampoco podía callarse si hablaba otro. En realidad, el eco

es el reflejo que devuelve un sonido –explica mi madre.

–¿Igual que una pelota que rebota al lanzarla contra la pared? –pregunto.

–Tiene algo que ver con las ondas –responde mi madre–. Muy bien no lo sé explicar.

–A lo mejor sí que hay ninfas –reflexiono–. Solo que la gente les ha dado otro nombre para que no suene como si fuera un cuento.

–A lo mejor –dice mi madre–. No lo sé.

–Es que todo no lo puedes saber –le digo.

–Nadie lo sabe todo –dice mi madre–.

Y es bueno que sea así.

–¿Para qué es bueno que nadie lo sepa todo? –pregunto.

–Para que cierres ya los ojos y puedas soñar –dice mamá. Después me da un beso y cierro los ojos. Pero no me quedo dormida enseguida. Pienso en el cocodrilo y en su eco, y pienso en Susana, la de los ojos negros, la que no es una flor.